6770

Maria Remond

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/mariaremonddrama4291lock

MARIA REMOND,

DRAMA EN TRES ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR DON JUAN DEL PERAL.

MARDID:

IMPRENTA DE D. I. BOIX.

1839.

PERSONAS.

M. DAUBERVILLE.
GABRIELA, *su hija.*
EDUARDO REMOND.
MARIA, *su hermana.*
VALLIER.
DE BEAUMONT.
GUSTAVO.
CARLOS.
MADAMA LAMBERT.
TERESA.
UN CRIADO.

La escena es en Paris en 1839.

El primer acto pasa en casa de M. Dauberville, y los dos últimos en la de Remond.

Esta comedia es propiedad del traductor para su representacion; y para su impresion del editor: el cual perseguirá ante la ley la que la reimprima; y no podrá ejecutarse en ningun teatro del Reino, sin obtener para ello el permiso firmado por su traductor, con arreglo á las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, y de 8 de Abril de 1839.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de M. Dauberville: en el fondo una rica galeria de pinturas. Al levantar el telon colocan varios criados mesas de juego en segundo término, y otros se llevan diferentes cajas y papeles.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, *despues* DAUBERVILLE *y* BEAUMONT.

GABRIELA. *(Á los criados.)* Esas cajas y esos libros á mi gabinete; cuidado no se estravie algo: los papeles á mi cuarto: ya sabeis en el orden en que los tengo arreglados. *(Se van los criados.)*

DAUBERVILLE. *(Que entra con Beaumont)* Cómo!... Con que hasta mi gabinete has invadido?... Hija mia, te ruego que me dejes esta pieza.

GABRIELA. Es imposible, papá: la necesito absolutamente.

DAUBERVILLE. Imposible!... Pues no tienes bastante con los tres salones, y con la galeria?

GABRIELA. No tal: vereis como he dispuesto mi campo de batalla. En el saloncillo el wuist, el ecarté, las emociones, el juego en fin; en los otros dos el baile, la música, los placeres; y aqui el banco, la bolsa y la política.

DAUBERVILLE. A los últimos les has dejado poca cabida.

GABRIELA. Porque es lo que mas os interesa, y lo que nos divierte menos á los demas.

DAUVERVILLE. Picaruela!

GABRIELA. Sin embargo, papá, la política no tendrá de que quejarse; aqui, lejos de las distracciones, está muy bien colocada.

BEAUMONT. Permitidme, prima mia, que admire aun

673159

mas que el buen gusto de vuestros preparativos, el perfecto orden con que los habeis dirigido. Yo os he visto disponerlo todo con una serenidad, con un desembarazo, que son ciertamente notables en una joven que acaba de salir de un colegio.

GABRIELA. Favor que me dispensais, primo. Con todo, temo mucho no poder conservar largo tiempo esa calma, esa sangre fria, por la que me felicitais. Mis disposiciones para la funcion me distraen, á pesar mio, mucho mas de lo que creeis, y la prueba es que aun no os he preguntado por mi tia.

BEAUMONT. Mi madre está todavia indispuesta, y creo que no podrá venir esta noche. Su salud exige los mas graves cuidados: los médicos la recomiendan una gran tranquilidad, y por eso quieren que vaya á pasar seis meses á su quinta de Beaumont.

DAUBERVILLE. Pues estará divertida allí, siempre sola!.. A no ser que *tú* desistas de tu viage á Italia....

BEAUMONT. Por eso quisiera mi madre llevarme consigo ó alguna persona que la hiciese compañia, y que la distrajese por la noche con la lectura de buenos libros.

GABRIELA. Nosotros iremos á verla muy á menudo, primo mio. Está tan cerca de Paris su quinta!..

BEAUMONT. Os cojo la palabra: sin embargo, confieso que no me aparto de ella sin inquietud, porque necesita que la cuiden mucho. Esta misma noche no me hubiera separado de su lado, á no ser porque temí que se enfadase mi tio si faltaba á la palabra que le habia dado.

DAUBERVILLE. Y mucho que me hubiera enfadado. La salud de mi hermana no tiene nada de alarmante. Ya sabes, sobrino mio, que te he amado siempre como á un hijo, y el dia en que por primera vez hace Gabriela los honores de mi casa, hubiera sentido en estremo no verte tambien en ella. Tienes veinte y cuatro años, Alfredo, y hasta ahora la lentitud y la importancia de tu educacion diplomática, no te han permitido presentarte en sociedad. Hoy por fin, se hallan terminados tus estudios, y esta noche es para tí, y para mi hija, una especie de entrada en el mundo. Nueva es la car-

rera que se abre para vosotros, y asi creo deber daros á ambos preceptos para el presente y consejos para el porvenir.

BEAUMONT. Y yo los recibiré, querido tio, como una nueva prueba de vuestra bondad y vuestro cariño.

DAUBERVILLE. (*Aparte a Beaumont.*) No usaré ya hoy contigo, Alfredo mio, del lenguage que empleaba otras veces; ya estas en la edad en que el amor es una necesidad del alma, y en la que un joven de tu gracia, de tu talento y de tu figura, no puede menos de sacar partido de estas ventajas. (*Confidencialmente á su hija.*) Hija mia, ya no te trataré en adelante como á una niña: á tus años debe desconfiar cualquiera joven, sobre todo de su corazon, y cuando tiene la dicha de ser como tú, eres hermosa y entendida, está mas espuesta que ninguna por estas mismas cualidades.

BEAUMONT. (*Aparte.*) Por lo visto nos toca á los dos igual parte de moral.

DAUBERVILLE. A ambos os hablo con la prudencia y la prevision de un padre. (*Mas bajo y sonriéndose; á Beaumont.*) Hijo mio, yo tambien he tenido veinte años, y sé lo que se debe perdonar á la juventud; trata de agradar y de ser amado, eso está en tu edad, pero no te conduzcas nunca como un libertino, y acuérdate de que las locuras de un joven no son perdonables, sino hasta tanto que no perjudican á su porvenir.

GABRIELA. (*Aparte.*) Cuánto diera por saber si nos ha dicho lo mismo á los dos.

DAUBERVILLE. (*Acercándose á Gabriela y alzando poco a poco la voz.*) Hija mia, guárdate de los hombres, porque son engañadores y peligrosos: hay un sentimiento, una pasion que cualquiera se creerá feliz en poderte inspirar, y á la que tú debes evitar sobre todo abrir tu corazon; acuérdate de que el amor es lo que decide de la vida de una muger, y el primer deber de toda joven es precaverse contra sus seducciones y sus mentiras.

ESCENA II.

Los mismos, VALLIER.

VALLIER. (*Que ha entrado durante las últimas palabras que ha dicho Dauberville en alta voz.*) Aviso tanto mas interesante y prudente, cuanto que nosotros autorizamos el ataque, y desde entonces nunca será demasiado lo que se recomiende la defensa.

DAUBERVILLE. Ah! Sois vos, Vallier?

VALLIER. Perdonadme si he venido demasiado temprano, y si he interrumpido á pesar mio una conversacion...

DAUBERVILLE. No tal, eran consejos que daba á mi hija y á mi sobrino.

VALLIER. (*Saludando.*) Señorita!... Adios, M. Beaumont. (*Se dan la mano*)

DAUBERVILLE. En vez de sentir que hayais venido tan pronto, lo celebro. (*Por lo bajo.*) He recibido una carta para vos: esta és.

VALLIER. Habeis tenido tiempo para pensar?...

DAUBERVILLE. En la letra de los siete mil quinientos francos? Ayer la he remitido á Strasburgo, y será pagada el 15.

VALLIER. Mil gracias.

BEAUMONT. (*Que hablaba con Gabriela.*) Y con cuántas personas contais, prima mia?...

GABRIELA. Con dobles á lo menos de las que pueden contener los salones, segun es costumbre.

DAUBERVILLE. Y ademas, mi hija, ha creido deber añadir á mis convites impresos, sus convites personales.

GABRIELA. No por cierto, papá: los últimos solo han sido tres; ya veis que no puedo haberlos economizado mas, y son á compañeras de colegio que han salido de él al mismo tiempo que yo: la señorita de Versac y su madre, Carolina y su padre, y M. Remond y su hermana.

VALLIER. Remond?

GABRIELA. Qué, le conoceis?

VALLIER. Yo he tenido un maestro de ese nombre.

GABRIELA. Su padre quizas, porque creo que en efecto era profesor de un colegio.

VALLIER. No lo es ya?

GABRIELA. Si ha muerto!..

DAUBERVILLE. (*A Vallier.*) Su hijo, joven sin fortuna que por recomendacion de Gabriela, he colocado yo en una casa de comercio, es escelente muchacho.

GABRIELA. Y su hermana, la jóven que todas queriamos mas en la pension.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) Madama Lambert y M. de Remond.

ESCENA III.

Dichos. Mma. LAMBERT, REMOND *y* MARIA.

GABRIELA. (*Corriendo hácia Mma. Lambert.*) La directora de mi colegio!... Cómo, señora, sois vos?... Adios, Maria. (*La besa.*)

DAUBERVILLE. (*A Mma Lambert.*) Es posible!... Habeis tenido la bondad...

LAMBERT. Quizas os parezca indiscreta por haber venido á vuestro baile sin que me hayais convidado; pero yo sabia que Gabriela debia hacer los honores en él, y yo no he podido resistir al deseo de verla desempeñar un papel de que está encargada por la primera vez. (*Señalando á Maria.*) Ademas, queria tambien acompañar en el mundo á una joven que se aparta con pena de mi apoyo maternal. Doble escusa es esta que os ruego acepteis: hace tanto tiempo que las miro como hijas mias á las dos!...

DAUBERVILLE. Os doy gracias, señora, por haber reparado un olvido, por el que hubiera merecido me castigaseis.

GABRIELA. Yo no habia olvidado nada; pero sabia que Mma. Lambert no sale jamas de su colegio.

DAUBERVILLE. (*A Maria.*) Bien venida, señorita; el interes que manifiesta esta señora, y la amistad de mi hija, os responde de la acogida que siempre se os hará en mi casa. Y qué tal, M. Remond, estais contento con vuestro destino? Se hallan los negocios á medida de vuestro deseo?

REMOND. Vos lo sabeis mejor que nadie, señor, puesto que ha vuestra bondad debo solamente...

DAUBERVILLE. No hablemos de eso.

GABRIELA. Has traido papeles de música, Maria? Papá, vereis que voz tan hermosa tiene. He contado contigo y con mi primo Alfredo para un duo, que seguramente será la pieza mejor ejecutada del concierto.

DAUBERVILLE. No lo dudo, pero se va haciendo ya tarde. No habeis visto, señora, (*A Mma. Lambert.*) mi galeria de pinturas?.. Si quereis aceptar mi brazo, podemos recorrerla de paso que vamos al salon; asi como asi, no sentirán estas señoritas quedarse un instante solas: con todo, Gabriela, no olvideis nada. (*A Vallier.*) Ah!... He hecho una nueva adquisicion, sobre la cual quisiera que me dieseis vuestra opinion: un cuadro admirable que he pagado muy caro: felizmente el pintor acaba de morir.

BEAUMONT. Felizmente, decis? Para el arte sin duda?

DAUBERVILLE. No, para mí, porque mi cuadro vale ahora diez mil francos mas. (*Dando el brazo á Mma. Lambert.*) Señora. (*A Vallier.*) Venis? (*Se marchan con Remond.*)

VALLIER. (*A Remond que va á salir.*) Perdonadme, caballero... No era vuestro padre profesor del colegio de Metz?

REMOND. En efecto.

VALLIER. Pues entonces, M. Remond, si alguna vez necesitais un amigo, os ruego que os acordeis de mí.

REMOND. Caballero, no sé como he podido merecer... Habeis conocido á mi padre?...

VALLIER. Soy uno de sus discípulos, de sus hijos iba á decir. Yo era huérfano, y él me sirvió de padre;

cuando salí del colegio su benéfica solicitud guió mis primeros pasos en el mundo. Yo carecia de bienes, y gracias á él he podido crearme una posicion honrosa. Os lo repito otra vez, en cualquiera ocasion contad conmigo.

REMONT. Señor... Mira, Maria, este caballero ha conocido á nuestro padre. Permitidme que os presente á mi hermana, á la que aquel amaba mas en el mundo, á la que le consolaba en sus últimos padecimientos, y por la que él lloraba viéndola tan joven.

VALLIER. Pobre padre! Su memoria, señorita, se conserva siempre en el alma de todos los que le han conocido como la de un hombre de bien: vuestro corazon es su mas digno santuario; que en él permanezca religiosamente grabada. (*Alejándose con Remond.*) Y cómo ha sido, M. Remond, que no habeis seguido vos la misma carrera que él. (*Se van los dos hablando.*)

ESCENA IV.

MARIA, GABRIELA.

MARIA. Quién es ese caballero?

GABRIELA. M. Vallier: mi padre y él tienen relaciones de comercio; creo que fue abogado general en Strasburgo, pero de repente, y en medio del éxito mas brillante, dió su dimision. Pocas personas conocen los motivos de tan estraña conducta, y yo por mi parte los ignoro completamente. Como tiene M. Vallier ese aire tan sério, tan grave, no me he atrevido á preguntarle nada: por lo demas es un hombre de mundo, tan apreciable por su caracter como por sus virtudes. La sociedad hace justicia á estas cualidades y busca un trato: pero él lo esquiva y corresponde con reserva á las atenciones que merece. En suma, es un hombre escelente, pero poco agradable.

MARIA. Su bondad me ha conmovido.

GABRIELA. Ciertamente. Pero hablemos de su posicion. Logró por fin Remond entrar de cajero en aquella casa de comercio?

MARIA. Ayer tomó posesion de su destino, querida mia; cuando volvió á casa estaba loco de contento, me abrazaba, hablaba solo, te daba las gracias... Ahora ya somos felices, y pronto quizas seremos tambien ricos, y todo por tí, pues si no Dios sabe lo que hubiera sido de nosotros.

GABRIELA. Eso es dar demasiada importancia...

MARIA. Ah!.. Solo teniamos veinte mil francos é ignorábamos de dónde poder sacar los cinco mil restantes para completar la fianza exigida. Para esto hubiera sido preciso vender las joyas, que conservamos de los tiempos de prosperidad de mi madre, un cajoncito pequeño, el único recuerdo que nos queda de ella, y del que ni en los momentos mas críticos hemos querido desprendernos, ni mi hermano ni yo. Juzga por tanto de nuestra alegria cuando recibimos tus cinco billetes de banco... Sí, ahora que estamos solas, ya no tengo reparo en decirlo, y puedo abrazarte y llorar de placer.

GABRIELA. Maria!..

MARIA. Tu padre ha consentido tambien en hacernos este nuevo servicio? Yo habia pensado manifestarle al entrar mi reconocimiento, pero habia gentes, y he conocido que si tomaba la palabra, me seria imposible continuar. Yo soy lo mismo que Eduardo, ya lo has visto, apenas se ha atrevido á balbucear algunas expresiones de agradecimiento; me parece que se hallaba tan cortado como yo. Quizas le habrá chocado esto á M. Dauberville.

GABRIELA. No por cierto; yo conozco á mi padre y te aseguro, que basta lo que le ha dicho tu hermano. El favor es tan corto que no merece mas..

MARIA. Qué decis?

GABRIELA. Vaya, no hablemos mas de esto; ocupémonos en cosas mas formales: sabes que va á dar golpe tu trage?

MARIA. Pues y el tuyo? qué bien te sienta!

GABRIELA. Me hé puesto uno muy sencillo. Pero tú, tú, qué linda estás!

MARIA. De veras? Pues diselo á mi hermano, y se pondrá tan gozoso! porque aunque ya se lo decia, no quiso creerme, á pesar de que él fué quien me regaló este vestido, y quien me ha comprado las flores; como que casi se ha arruinado por causa mia! y con todo; no estaba contento: y segun él, no me miraria nadie en el baile, á mí que me parezco tambien. Ya vés, que diferencia de nuestros pobres trages de colegialas...

GABRIELA. Gracias á Dios, ya nos los hemos quitado para sienpre. No quiero acordarme de ellos porque me recuerdan un tiempo en que me fastidiaba mucho.

MARIA. Oh! sin embargo que pronto pasó!

GABRIELA. Entonces siempre estábamos sujetas...

MARIA. Pero tranquilas.

GABRIELA. Pareciamos reclusas.

MARIA. Pero viviamos en la calma y en el sosiego, mientras que ahora...

GABRIELA. Ahora? Y bien que sucede ahora? si nuestra existencia no transcurre tan pacífica como antes, al menos tan poco es tan monotona? Y no es acaso preferible nuestra vida actual que nos promete en cambio de algunos pesares, distracciones sin cuento? El placer nunca es tan grato como despues del dolor; la agitacion causa, pero ella es la que hace vivir. Y ademas el mundo está aqui para consolarnos con sus fiestas, con sus bailes, con sus conciertos; yo por mi parte no comprendo que exista un pesar que no borren los placeres, y que no desaparezcan completamente en una noche de baile.

MARIA. El mundo! Tú hablas de él con alegria, con una confianza! Es menester temerlo mucho, y á mi me da miedo. Todavia no hé entrado en él, y conozco que será en la sociedad tímida, vacilante y sobre todo desconfiada. Dicen que son tan malos los hombres!

GABRIELA. Sí con la que quiere serlo tambien.

MARIA. Entonces son justos?

GABRIELA. Y yo ereo que los pintan mucho peores de lo que son en efecto. Qué es lo que les hace tan peli-

grosos? sus seducciones. Y no se han prevenido contra ellas?

MARIA. Y las conoces acaso por eso?.. Las conoces tú? Son siempre las mismas para cada una de nosotras? Cuál es su límite? Cómo las hemos de reconocer? Dicen nos que siempre se ocultan bajo la lisonja y entonces creo pueden ser temibles para unas, y sin peligro para otras. Me han enseñado á creer que se traslucen á pesar de su brillantez. Pero quién me lo garantiza esto? Quién me dirá dónde esta el riesgo para mí? Y que no hay tambien otros lazos? No existen tambien otros escollos?.. Yo me pregunto á mí misma, titubeo, tiemblo, y lo temo todo porque no sé fijamente lo que debo temer:

GABRIELA. Querida mia, lo que se debe temer... si tú hubieses pensado en ello como yo... Muy delicado es lo que me preguntas..

MARIA. Ah! si yo tuviese una madre!...

GABRIELA. Me parece que á nuestra edad se adivina fácilmente lo que es digno de temor. Pero como me reñian tanto en el colegio, por haber tratado de adivinar ciertas cosas, la verdad, me he acostumbrado ya á guarda para mis observaciones; y ademas. Para qué pensar en esto? Uno es el objeto que todo joven se propone: el matrimono. A nuestra razon se debe dejar el cuidado de llegar hasta alli. Y mira, el matrimonio digase lo que se quiera, es la independencia, es la libertad... Apuesto á que de las cuatro compañeras de colegio que nos vamos á reunir esta noche aquí, tú heres la única, que esperimenta ese temor, esa desconfianza.

ESCENA V.

Las mismas, DAUBERVILLE, BEAUMONT, *despues* REMOND.

DAUBERVILLE. Seguro estaba de encontraros aqui.

BEAUMONT. Las jóvenes tienen siempre tantas cosas que decirse!...

DAUBERVILLE. Que se les pasa insensiblemente el tiempo en sus habladurias. *(A Gabriela.)* Mi hermana ha venido.

GABRIELA. De veras?

DAUBERVILLE. Se siente mejor: Alfredo se alarmaba sin motivo. *(A Maria.)* Señorita; quereis aceptar mi brazo.

(Vallier, madama Lambert y Remond han aparecido hablando en el fondo. Remond se separa de ellos, y se acerca á Dauberville en el instante que este vá á dar el brazo á Maria: Vallier y madama Lambert desaparecen.)

REMOND. *(A Daubervill.)* Perdonadme, señor, si os detengo algunos instantes; pues despues rodeado de gentes siempre, me seria quizas dificil espresaros...

GABRIELA. *(Aparte.)* Otra vez!.. *(A Maria.)* Dile á tú hermano que es inútil..

REMOND. Estoy destinado á deberlo todo á vuestra generosa proteccion. Creed que el reconocimiento que os profeso no se desmentirá jamas.

DAUBERVILLE. No lo dudo amigo mio, pero quisiera saber..

REMOND. *(Presentándole un papel.)* Os suplico que aceteis este documento.

DAUBERVILLE. Cómo!

REMOND. Es el recibo de los cinco mil francos que habeis tenido la bondad...

BEAUMONT. *(Vivamente.)* Perdonadme, tio mio, siento mucho interrumpiros pero no es justo que hagais esperar mas tiempo.

GABRIELA. Es cierto.

REMOND. Debeis considerar que yo no he aceptado esa cantidad sino como un préstamo.

DAUBERVILLE. Sí, sí; estoy enterado... Solamente que no entiendo una palabra de cuanto me dices.

BEAUMONT. *(Con impaciencia.)* Tio!

REMOND. Esta señorita misma es...

BEAUMONT. La que os habia hecho ese pequeño servicio.

DAUBERVILLE. Pero qué servicio?.. Yo no acabo de comprender::: cinco mil francos! sus ahorros no pueden llegar á tanto.

GABRIELA *(A Beaumont.)* Lo veis? Mi padre conoce que nunca he podido tener yo ese dinero.

DAUBERVILLE. *(A Remond.)* Os lo repito caballero, no

comprendo ni una palabra: y no teniendo ningun derecho al título que quereis que yo acepte...

REMOND. Permitidme.

DAUBERVILLE. Es imposible.

GABRIELA. Vamos, primo mio, tomadle, ya que M. Remond lo exige absolutamente.

DAUBERVILLE. Cómo!..

REMOND. Es ese caballero?..

BEAUMONT. Os aseguro que no sé nada... ignoro lo que mi prima quiere decir.

GABRIELA. Lo siento mucho, pero ya es menester confesarlo todo; yo habia sabido por Maria la situacion en que se encontraba M. Remond. Hace dos dias conté delante de mi primo que el hermano de una de mis amigas de colegio iba quizas á verse imposibilitado de aceptar un destino por carecer de cinco mil francos. Mi intencion era dirigirme á vos, padre mio. Alfredo se marchó segun costumbre, y ayer recibí bajo un sobre cinco billetes, de á mil francos; vos no estabais en casa (*á Dauberville*) el tiempo urgía, los envié por último, y no he podido hablaros hoy de esto, porque no os hé visto en todo el dia: esta es la historia:

REMOND. (*Yendo á Beamont.*) Caballero... semejante accion... yo ignoraba, no se si puedo recibir...

BEAUMONT. Nada prueba hasta aqui que sea yo á quien debeis tan corto servicio, pero aun suponiendo que asi fuera, me bastaria la satisfaccion...

REMOND. Sin conocerme?

BEAUMONT. Ahora celebro doblemente haberlo hecho.

REMOMD. Ah! Caballero!

DAUBERVILLE. Vamos, vamos... ya voy comprendiendo..: bien, muy bien, querido Alfredo.

ESCENA VI.

Dichos, MADAMA LAMBERT, VALLIER; *despues* GUSTAVO, *y otros dos convidados.*

LAMBERT. Magnífico!.. Sobervio punto de vista! No creo,

M. de Dauberville, que se puede imaginar nada mas brillante que vuestros salones de baile. (*A Gabriela*) te doy la enhorabuena, querida mia.

DAUBERVILLE. (*A los que entran.*) Señores...

GABRIELA. (*A Maria.*) Voy á presentarte á mi tia: verás que amable es?

DAUBERVILLE. (*A los que siguen entrando.*) Señores, aqui hay algunos libros y mesas de juego, á no ser que prefirais el concierto.

BEAUMONT. (*A Maria.*) Señorita, temiendo llegar despues demasiado tarde, permitidme pediros ahora el primer vals.

DAUBERVILLE. dispensadme caballeros; si os dejo por algunos instantes, (*ofreciendo el brazo á Mma. Lambert.*) Señora... (*Salen Beaumont dá la mano á Maria y Remond á Gabriela.*)

REMOND. (*A Vallier.*) Os quedais aqui, M. Vallier?

VALLIER. Un instante no mas; luego nos veremos.

ESCENA VII.

VALLIER, GUSTAVO, *y otros dos convidados.*

GUSTAVO. (*A los que le acompañan.*) Sabeis quién es esa joven á la queda el brazo M. Beaumont? No conozco esa cara. (*Yendo á la mesa.*) Juguemos un ecarté señores. (*A Vallier.*) Quereis ser de la partida?

VALLIER. (*Que ha ido á sentarse y que empieza á leer la carta que le entregó Dauberville*) os ruego que me dispenseis. (*Mirando la carta*) catorce de noviembre! Pobrecilla! Qué exacta es!

GUSTAVO. (*A Vallier que no responde.*) Qué periódico es el que estais leyendo. (*Saca un lente, y se dirije en seguida á la mesa donde estan los albums.*)

VALLIER. (*Leyendo.*) «Mi querido papá: á acabo de recibir tu carta y te contesto en seguida. No tengas cuidado por mi salud, pues nunca ha sido mejór, hago exactamente todo lo que me dices; solo me parece que me hablas siempre lo mismo que cuando era

una chiquilla, y ya voy á cumplir diez años. Mamá vino ayer al colegio: ha pasado el verano en Baden, y hacia tres meses que yo no la habia visto."

GUSTAVO. (*Abriendo un album.*) Quién de los presentes tiene la suerte de saber dibujar, ó la desgracia de hacer versos?

VALLIER. (*Continuando.*) Me ha dicho que todavia tardarás mucho en volver á Strasburgo. Y por qué no nos vamos nosotros contigo? Yo espero al menos que cuando vengas á verme no será ya como estos años pasados, una hora solamente y que te estarás conmigo siempre; no sabes tú como me alegraria yo de esto.

ESCENA VIII.

Dichos y CARLOS.

CARLOS. Caramba! Esto es ahogarse.

GUSTAVO. Apropósito llegas. Aqui hay un album: vamos artista, toma tu lapíz y dibuja en este papel alguna fantasia; lo que te ocurra primero; una cabeza, un caballo, un paisage, lo que tú quieras: diez minutos te doy para ello. (*A los demas.*) Vereis como hace una obra maestra!

CARLOS. (*Acercándose á la mesa.*) Sabes que me fastidia completamente tu proposicon?

GUSTAVO. Vaya yo estoy seguro de que la señorita Gabriela, apreciará mucho lo que tu hagas.

CARLOS. (*Afilando el lapiz.*) Ah! gracias, por otra parte es imposible entrar en la sala del concierto, y por mas señas, que he visto al piano á la muchacha mas linda de la tierra; Que feliz es Beamont en saber cantar!

GUSTAVO. No es una de ojos negros?

CARLOS. Precisamente; tambien á tí te ha llamado la atencion? Al salir yo comenzaba un duo, y me ha parecido tan espresivo su canto como sus miradas.

GUSTAVO. De veras?

ARLOS. Jamas he escuchado voz mas suave y mas melodiosa que la suya, á no ser otra que oi el verano pasado en las aguas de Baden. *(A Gustavo enseñandóle el album,)* Te aseguro que no sé que hacer.

GUSTAVO. Buena idea! Tu dama de Strasburgo!

VALLIER. *(Levantándose.)* De Strasburgo!

GUSTAVO. De la que siempre me hablas con tanto entusiasmo.

CARLOS. Y en la que pienso siempre.

GUSTAVO. Rubia, ojos azules...

CARLOS. Muger encantadora!

VALLIER. *(Vivamente.)* Y que quizas puede citar al señor en el número de sus conquistas?

CARLOS. No; pero cuyo recuerdo conservaré eternamente. Es una persona á quien no conozco mas que un defecto; el de saber demasiado que es bonita, y el de tratar por todos medios...

GUSTAVO. No me has dicho que era viuda?

CARLOS. Poco menos...

GUSTAVO. Cómo poco menos?

CARLOS. Sí, porque está separada de su marido; pero amistosamente, sin escándalo, sin... Ya hace algunos años de esto. Oh! Es una historia completa! Su esposo estaba entonces de juez en Strasburgo.

VALLIER. *(Cuya agitacion crece por instantes, y que la contiene apenas.)* Es ella! Sí es ella.

GUSTAVO. No buscabas un asunto? pues alli le tienes; dibuja la cabeza de esa dama, y para juzgar de su semejanza iré si es menester hasta los baños de Baden.

VALLIER. (*Que iba á marcharse y que vuelve vivamente.*) Caballero, caballero, perdonadme. Antes habeis hablado...

CARLOS. De una señora de Strasburgo?

VALLIER. No... de una joven... que habeis visto... al piano.

CARLOS. Ah!.. Sí.. celestial criatura, á la que todas las demas tendrán envidia. Feliz el que consiga de ella una mirada.

AALLIER. Pues bien, lo que vos decis aqui en alta voz,

no hay quizas ya un joven en el baile, que no se lo haya dicho por lo bajo. Cuando una muger aparece en el mundo, síguenla nuestros corazones con el mismo deseo, nuestros ojos la espian con la misma esperanza; por tanto no tenemos todos mas que un solo objeto.

CARLOS. El de acatar su hermosura.

VALLIER. No tal, no nos supongamos tan desinteresados ni tan puros. Dejad aparte esos cuidados, esos respetos con que se la rodean: ellos ocultan nuestros proyectos, y nuestras esperanzas. A lo que todos aspiramos, es á turbar la calma de su corazon; á lo que aspiramos es al triunfo que nuestra vanidad ambiciona.

CARLOS. Y qué tiene eso de particular? Tratamos de agradar, y de ser amados; ese es nuestro papel en la sociedad.

VALLIER. Confesadlo pues; es una guerra entre ella y nosotros la que va á comenzar esta noche; guerra sin gloria para nosotros; puesto que carece de peligros; desleal, porque todas las armas nos son lícitas; vergonzosa, porque ataca casi siempre con preferencia al niño que no tiene enderredor suyo ni familia.

CARLOS. Permitidme que os diga, caballero, que os espresais con un calor...

VALLIER. Que la discusion no parece autorizar, convengo en ello: sin embargo, mis palabras no son ofensivas para nadie. Yo se muy bien que á los veinte años todos los hombres piensan y obran como vosotros; pero cuando llega el momento de confiar á una muger nuestro nombre y nuestro porvenir; cuando necesitamos estudiar, en qué manos vamos á entregar tan precioso depósito, sabeis lo que sucede señores? Conoceis algun padre que se atreva á dejarnos al lado de su hija, y á confiarla á nuestra buena fé, á nuestra lealtad? No, á ese padre le hemos enseñado á desconfiar, sabe que á menos de no ser culpable, debe velar hasta el último instante sobre su hija; asi es que él apenas nos la muestra, como un tesoro por el cual teme y tiembla. Asi que la que elegimos

por compañera de toda la vida, que debe de ser nuestra amiga, nuestro consuelo, nos vemos condenados á aceptarla, por culpa nuestra al acaso, á ojos cerrados. Y despues los dos caractéres no se han adivinado el uno al otro; si los defectos ó los vicios, no han tenido ocasion de manifestarse, somos nosotros mismos las víctimas de nuestros principios. Entonces adios esperanza, adios porvenir: aquella existencia que debia ser comun se divide ya eternamente: entonces se verifica el desenlace de que hablabais poco há, señores.... una separacion... muchas veces legítimas... siempre escandalosa...

CARLOS. Confieso que...

VALLIER. Y añadiendome al ejemplo que habeis citado antes, y al cual, he venido á parar á pesar mio... si un padre obligado á separarse de su hija...

CARLOS. (*Vivamente y acercandose á el.*) Como!... Vos sabeis?..

VALLIER (*Á media voz.*) Yo he estado de abogado general en Strasburgo, hasta hace cinco años. (*Serenándose.*) Creo que ibais á hacer un dibugo; acabadlo caballero.

ESCENA IX.

Dichos y GABRIELA.

GABRIELA. A bailar, señores, á bailar: va á empezarse el segundo rigodon, y faltan dos parejas para completarle. Vamos, haced siquiera por mí ese sacrificio.

GUSTAVO. (*Acercándose á ella.*) Cómo, señorita, sacrificio decis?..

CARLOS. (*Que se ha acercado á Vallier.*) Os ruego que perdoneis mis palabras.

VALLIER. Basta. Hay un nombre solamente que os suplico no pronuncieis jamas.

CARLOS. Ese nombre, yo le he olvidado.

VALLIER. Está bien.

GABRIELA. (*Respondiendo á Gustavo.*) Sí, con efecto:

tiene una voz hermosísima y llena de espresion, que ha encantado á todo el mundo. (*Señalando hácia el fondo.*) En el primer salon, señores. Con vos no se puede contar para nada, Vallier. (*Sale por la puerta de la izquierda y los demas por el foro.*)

ESCENA X.

VALLIER, *despues* MARIA *y* BEAUMONT.

VALLIER. (*Mirando marchar á Gabriela.*) Lo mismo era ella, viva, brillante! Esas cualidades que la sociedad aprecia tanto, fueron las que me sedujeron á mí tambien, y hoy... Sin embargo, el mundo es el que comunica esa ligereza, esa volubilidad. Compadezco á la joven que se presente en él con un corazon sencillo y confiado.

BEAUMONT. (*Sosteniendo á Maria.*) Ah! sois vos, M. Vallier! Tened la bondad de avisar á Mma. Lambert, á M. Remond, á mi prima ó cualquiera!

VALLIER. Qué sucede? Dios mio! Está sin sentido!

BEAUMONT. Sí... el calor... la gente...

VALLIER. Voy corriendo. (*Vase.*)

MARIA. No, es inutil... aqui se respira con libertad... me siento mejor... es inutil.

BEAUMONT. Permitidme al menos, señorita, que no me separe de vuestro lado; no me atrevo á dejaros sola.

MARIA. Siento infinito la incomodidad que os he dado, y la que habrá causado sin duda este accidente.

BEAUMONT. Tranquilizaos: apenas han tenido tiempo para advertir vuestra ausencia. Yo os he traido aqui: vuestro hermano mismo, que bailaba á algunos pasos de nosotros, tampoco ha notado nada.

MARIA. Os doy mil gracias por haberle ahorrado á él este disgusto, y á mí el que todo el mundo se ocupase de una indisposicion que solo ha durado un momento. Ahora ya estoy firme: me avergüenzo de haberos hecho salir del salon por tan poca cosa. Es cierto que yo tenia necesidad de algunos instantes de reposo, pero vos...

BEAUMONT. (*Con espresion.*) Yo celebro mucho haberos sido util, señorita.

ESCENA XI.

Los mismos, VALLIER, Mma. LAMBERT *y* GABRIELA.

LAMBERT. Y bien, hija mia, qué es eso? Cómo te sientes?...

GABRIELA. Estás mala?...

MARIA. No... ya no es nada, todo se pasó; me siento buena, enteramente buena: os lo aseguro.

VALLIER. Si quereis marcharos, señorita, iré á avisar á vuestro hermano.

GABRIELA. Tan pronto! si se sintiese indispuesta... Pero ya está mejor... Te quedas, no es verdad?

LAMBERT. Querida mia, (*A Maria.*) Gabriela cree que nadie debe irse de un baile antes de que se acabe.

GABRIELA. Porque me parece que no se puede renunciar á una diversion sin que cueste mucho dejarla. Y la de esta noche es tan seductora!... presenta tantos atractivos!

LAMBERT. Para todos?...

GABRIELA. Oh! No: (*Irónicamente.*) yo sé de personas que prefieren una existencia tranquila, sosegada, y que si no lo son, se llaman al menos filósofos. Mi primo, por ejemplo. Querida Maria, mi tia ha quedado encantada de tí, y como la vida pacífica te conviene mucho, me ha ocurrido un proyecto; podias ir á pasar el verano con ella en el campo.

MARIA. Cómo!

GABRIELA. En su quinta de Beaumont; yo te esplicaré todo esto. Tu hermano consentirá en dejarte ir con ella, y como está tan cerca de Paris, iré á verte muy á menudo, y pasaremos muchos dias juntas.

VALLIER. (*Con intencion.*) M. Beaumont, no debeis hacer un viage este verano?...

BEAUMONT. (*Con aire distraido.*) Sí, iré á Italia.

ESCENA XII.

Los mismos, DAUBERVILLE *y* REMOND. *Se oye de nuevo la música que toca hasta el fin del acto.*

DAUBERVILLE. (*A su hija y á Maria.*) Habeis oido la señal, señoritas?...

REMOND. (*Corriendo hácia su hermana.*) Qué ha sucedido?

MARIA. Nada, nada, querido Eduardo.

LAMBERT. (*Bajo á Maria.*) Me marcho, hija mia.

MARIA. (*Lo mismo.*) Ya?...

LAMBERT. (*Lo mismo.*) Sí, es tarde; silencio.

GABRIELA. (*A Remond.*) He formado un proyecto magnífico para Maria.

REMOND. Y cuál es?...

GABRIELA. Mi primo os lo contará. (*Alto á Maria.*) Vamos.

DAUBERVILLE. (*A su sobrino que está distraido.*) En qué piensas Alfredo?...

BEAUMONT. (*Vivamente.*) En vuestro baile, tio mio, que está delicioso.

DAUBERVILLE. Ah! Ya estaba yo seguro de que no renunciarias sin sentimiento á estos placeres. Y bien, estas decidido á hacer tu viáge?

BEAUMOND. (*Mirando con ternura á Maria*) Tal vez! (*Todos echan á andar; Beaumond ofrece la mano á Maria en el momento en que esta se separa de Mma. Lambert.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con puerta en el fondo, y dos laterales. La de la derecha conduce al cuarto de Remond: la de la izquierda al de Maria.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, *sentada al lado de una mesa. Sobre la mesa un estuche abierto: está* leyendo *una carta.*

MARIA. "Yo soy el culpable, yo solo; no te eches en cara tu desgracia; yo la he causado, y los remordimientos me despedazan el alma. Maria! yo te amo, tú eres mi vida; no me separaré jamas de tí." Jamas!... y sin embargo, hace dos meses que está ausente! Qué motivo le detendrá tanto tiempo? Alfredo, tú que eres tan leal para con todo el mundo, no lo serás para conmigo? Creerás por ventura que es un crimen engañarme? Sí, sí lo es!... Quién llega? (*Cierra el joyero y esconde la carta.*)

ESCENA II.

MARIA, REMOND, *con un papel en la mano.*

MARIA. Creí que habias salido.

REMOND. No; estaba dando algunas órdenes á Teresa. Me parece que no he olvidado á nadie... Qué dices tú? La familia de Duberville... (*Leyendo.*) despues...

MARIA. (*Apoyada al respaldo de la silla.*) Mis antiguas compañeras de colegio, Estela, Carolina... Esta so-

bre todo, no la olvidas nunca... (*Con malicia.*) Si llegará á ser mi cuñada? te acuerdas del dia que la viste por primera vez en casa de Mr. de Dauberville? Desde entonces... Gabriela lo conoció al momento.. Quince meses hará de esto... (*Viendo la lista.*) Sigamos leyendo: M. Vallier. Jesus! qué tonteria.

REMOND. Confieso que no cuento con él, porque está de luto rigoroso por la muerte de su muger. Ademas, desde que reusé la colocacion que me propuso en una provincia, hay mas frialdad de su parte en nuestras relaciones de amistad.... y te lo confieso... de sus resultas estoy bastante aflijido. No te acuerdas del interes que mostró en que admitiera sus ofertas? Me parece que mis repulsas le han herido vivamente, y aun creo que ha dejado de ir enteramente á casa de Dauberville.

MARIA. (*Con ternura y procurando cambiar la conversacion.*) Hermano mio... otros nombres hay en la lista. Escucha. Tú das este baile por mí, porque son mis dias... gracias: pero nos conviene acaso? No somos ricos, hermano mio: tú pasas las noches y los dias trabajando, y el dinero que tan penosamente adquieres, lo gastas por mí, y siempre para mí. Hoy una fiesta, el mes último un aderezo... y nada para tí! Hermano... la economia no seria una virtud para nosotros porque es un deber, cuando se tiene deudas... una por lo menos y bien antigua. Una...

REMOND. Y no cuentas por nada el placer de verte un instante solo, alegre y gentil? En cuanto á esa deuda de que hablas, ya sabes que he tomado mis medidas para salir de ella; no porque sea un tormento para mí, sino porque no quiero abusar mas tiempo de la fina amistad de M. Beaumont... Sí, es mi amigo, casi compañero inseparable, por lo demas, al fin del año ya estaremos corrientes, gracias al interes que llevo en la casa de comercio A propósito de Beaumont, me digeron que estaba ya de vuelta de su viaje, y ayer le encontré... He estrañado por cierto que haya permanecido tanto tiempo sin venir á visitarnos. Pero... toma esa

lista: dispon las cosas como mejor te parezcan: tengo que arreglar varios asuntos antes del baile, adios. (*Entrase en su gabinete.*)

ESCENA III.

MARIA, *despues* Mma. LAMBERT *y* REMOND.

MARIA. (*Un poco agitada.*) Teresa, Teresa! (*Se oye la campanilla de la puerta esterior.*)

TERESA. (*Anunciando.*) Mma. Lambert.

LAMBERT. Buenos dias, hija mia...

MARIA. Mi buena amiga!...

LAMBERT. Qué tienes? Estas agitada?

MARIA. No: Eduardo, (*Llamando.*) es Mma. Lambert.

REMOND. (*Saliendo de su gabinete.*) Señora!

MARIA. No venis á pasar esta noche con nosotros?

LAMBERT. Imposible... tengo muchas cosas que hacer... pero si puedo vendré.

REMOND. Ayer vi al notario como os ofrecí...

LAMBERT. Ya lo sé, y gracias á Dios que todo se ha concluido. He vendido mi casa de pension y firmo esta noche el auto de cesion, de consiguiente ya no me falta mas que ponerme en camino para mi pobre aldea de Compiegne.

MARIA. Qué sea lo mas tarde posible!...

LAMBERT. A mi edad, hija mia, el tiempo urge y se desea el descanso. Y sin embargo, en medio de todo he tomado tiempo para venir á verte y traerte un recado de Gabriela, que la será imposible venir esta noche. El señor de Dauberville está achacoso, y como hoy da una gran comida, no quere añadir á este trabajo el de pasar en zozobra y desvelo una parte de la noche: la pobre niña está muy apesadumbrada de no poder asistir á tu primer baile. Me ha dicho tambien, que de paso que iba á comprar ciertas chucherias, iria á las casas de tus compañeras de pension, con el fin de encargarles que no falten á tu invitacion...

REMOND. Gabriela hubiera sido el alma de nuestra sociedad.

LAMBERT. Tú tendras muchas cosas que hacer, Maria; yo no te estorbo, me parece...

MARIA. Todo lo tengo dispuesto, y no me falta mas que le toilette.

LAMBERT. Y segun costumbre esperas el último momento para hacerlo.

REMOND. Justamente...

MARIA. Todavia no me han traido el vestido...

LAMBERT. No me has hablado de un aderezo?

REMOND. Es verdad: enséñaselo á Mma. Lambert.

MARIA. Con mucho gusto; pero te aseguro en verdad...

LAMBERT. Qué tienes Maria? qué aturdimiento?

MARIA. (*Con viveza.*) Nada, nada... esta fiesta... yo no sé... vuelvo al momento. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA IV.

M. REMOND, Mma. LAMBERT.

REMOND. (*Despues de un rato.*) Quereis, Mma. Lambert, hacerme el favor de pedirme el brazo al momento?

LAMBERT. Y para qué?

REMOND. Os lo diré francamente, tengo que ir á buscar un vestido para mi hermana, y que yo he mandado hacer sin que lo sepa. Es una sorpresa que la preparo. Cuando vuelva entraré por esa escalera secreta que dá á mi gabinete, y asi, señora, nada sospechará. Pero, prescindiendo de esto, Mma. Lambert, sabed que ha desaparecido mucha parte de mi contento de hoy .. de pena que no asistirá el señor de Dauberville; me desespero! Tenia tantas ganas de verle, de abrazarle! Ayer le escribí suplicándole me digese la hora en que le podia ver y *(Con sentimiento.)* no me ha contestado todavia.

LAMBERT. Qué teneis que decirle, que tanto os interesa verle?

REMOND. Son cosas relativas á mi matrimonio. Deseo

que dé algunos pormenores sobre mi situacion actual y mis esperanzas en el porvenir, que me pongan en buen lugar, porque noto de algun tiempo acá, cierta frialdad en mi futuro suegro. Mi matrimonio por supuesto, no me separa de mi hermana. Todo al contrario, deseo que tenga una familia, una compañera que esceda en cariño y esmero á su pobre Eduardo.

LAMBERT. Haceis bien, amigo mio: eso es pensar con juicio: ya me conoceis; os hablo como si fuera vuestra madre. A propósito, señor Remond: me parece que habeis tenido estrecha amistad con la familia del señor de Dauberville... á causa de vuestra intimidad (*Con intencion.*) con Beaumont? siempre juntos !... Estuvisteis; si no me engaño, en la casa de campo de su madre...

RENONT. Le debo tantos favores... son tan buenas gentes!

LAMBERT. Es verdad! pero eso no quita... y aunque me pesa decirlo, os lo diré... Los hombres, esos mismos que son un modelo de probidad, no es precisamente en lo que mas importe á la sociedad. Les parece que es insignificante abusar del candor de una niña incauta, y de engañar en cosa de tanta monta á un amigo, que se fia en su honradez, y en su moralidad. Porque habeis de saber, Eduardo, que hay hombres que se avergonzarian de la mas pequeña accion que menoscabase su crédito de honrado, y que no vacilan ni un instante en amargar sin piedad y sin remordimientos el porvenir de una muger. Estas no son mas que ideas generales y sin aplicacion particular. En cuanto al señor de Beaumont, se casa.

REMONT. Qué decis?

LAMBERT. (*Enseñandole una esquela de convite.*) Dentro de ocho dias...

REMONT. Yo no he recibido.

LAMBERT. Sin duda vendrá él mismo á daros parte de su boda.

ESCENA V.

Los mismos y MARIA.

Maria perfectamente, peinada con un peinador en lugar de su vestido de baile, enseñando á Mma. Lambert el aderezo que le ha regalado Eduardo.

MARIA. Mirad, amiga mia.

LAMBERT. Es de mucho gusto: (*A Eduardo*) pero os habrá costado muy caro. (*Eduardo hace un gesto de duda.*) Vas á estar encantadora.

MARIA. (*A Eduardo.*) Y tú? estarás contento?

REMONT. Por vida de que ya me olvidaba. (*Toma su sombrero.*)

MARIA. Vas á salir Eduardo?

LAMBERT. Sí, necesito que me acompañe á ciertas diligencias; tú ya quisieras estar bailando..

REMONT. No piensas en otra cosa. No es verdad, Maria? Toma y sé dichosa.. probablemente tendrás otro baile en este mes. (*Le da la esquela de la escena anterior, y sale con Mma. Lambert.*

ESCENA VI.

MARIA, *despues* TERESA.

(*Maria lee maquinalmente el sobre de la esquela: despues toca la campanilla.*)

MARIA. Ha venido alguno á ver á mi hermana.

TERESA. Nadie, señorita.

MARIA Tal vez estarias fuera?

TERESA. No señora, no me he separado de mi sitio.

MARIA. Me parece que oi llamar á noche bastante tarde.

TERESA. Dispierta estuve hasta las doce, y nadie vino.

MARIA. Creia. (*Teresa se va; Maria llora algunos ins-*

tantes sin articular palabra; despues un poco mas tranquila abre la carta y dice.) Nadie! (*Recorriendo la carta con los ojos...*) Ah!... no es él! No es él! No hay mas que un Alfredo de Beaumont!.. Infames... han puesto su nombre aqui?.. Alfredo, no es verdad... (*Se dirije á la mesa y escribe algunas lineas en un papel que desgarra despues.*) No; yo misma iré. (*Toma su pañuelo y su sombrero.*)

TERESA. (*Anunciando.*) Mr. de Dauberville.

MARIA. Ah!

ESCENA VII.

MARIA, DAUBERVILLE.

DAUBERVILLE. Con que está fuera Mr. Remond? No me lo ha dicho el portero, y creyendo que me necesitaba me he tomado la libertad de..

MARIA. (*Presentándole la esquela.*) Caballero, quién se casa en vuestra familia?

DAUBERVILLE. Señorita...

MARIA. Aqui está vuestro nombre, al lado del suyo.. decidme. Quién se casa en vuesta familia?

DAUBERVILLE. Antes de responder, permitidme...

MARIA. (*Con arrebato.*) No es él, es verdad? Y si habeis puesto su nombre aqui es sin su consentimiento? Le quereis casar á pesar suyo? No es verdad? Pero.. Sabeis que no está libre? No os lo ha dicho? Ah! No se ha atrevido.. Qué hombres! De todo forman un asunto reservado! Pero, yo tomo su defensa ahora... Escuchadme...Vais á saber.. tengo muchas cosas que deciros y muy justas; no me respondereis á ellas en verdad.. El ya no puede disponer de su libertad! No lo sabiais.. Ha conprometido su honor, su palabra. Lo ois? su palabra. Seria infame casarle ahora: no lo puede hacer sin que cometa un perjuicio.. Y si se supiese? Oh! y puede saberse... yo se lo diria á todo el mundo.. Y vos señor, no querreis avergonzarle á los ojos de

todos... (*Con abandono.*) Sabeis que se acusaria de haberme engañado, Señor?

DAUBERVILLE. Su falta...

MARIA. (*Avergonzada.*) La sabias, y habeis firmado esa carta... Ah, me avergonzais!..

DAUBERVILLE. Maria; yo he conocido muy tarde esa pasion que debisteis resistir siempre...

MARIA. Resistir! Por qué no le digisteis que era necesario resistir!.. Pobre niña, á la que se ha envuelto en su propia ignorancia, como en una red! á la que se ha engañado con las brillantes cualidades de lealtad, y honor. Por qué no has resistido?... He aqui lo que te se echa en cara! quién sabe si te acusarán de seduccion tambien! con qué cuidado se me ocultó la traicion para que no me pudiese librar de ella? No convenis en eso, señor? En fin yo tenia algo en este mundo... me estimaban; me citaban como el modelo de mis compañeras en la pension... Cuando mi padre me miraba con orgullo, era porque encontraba aqui en mi corazon un sentimiento puro y honrado... Ah! yo no busqué la vergüenza y el desonor, señor de Dauberville.

DAUBERVILLE. Nunca os acusaron mis palabras... os compadezco Maria.

MARIA. Ay! ya lo sé... debí preservar mi alma de su amor; pero el me decia que amaba, pero yo no sabia que le amaba, pero ya le amaba sin que él se hubiera declarado. Sabia yo por ventura, que oyendo los elogios que le prodigaban siempre todos, me perdia yo sola? Sabia yo que al verle tierno, y sumiso y apasionado al lado de su madre moribunda como yo estuve al lado de mi pobre padre, sabia yo que me preparaba un porvenir de lágrimas y desesperacion. Yo era entonces inocente y confiada, pero no culpable; yo podia amar sus cualidades relevantes.... yo las amaba... y despues él me lo dijo todo... Ay señor de Dauberville, no teneis idea del trastorno de una muger, cuando sus ojos se abren de pronto, ven à su lado á un hombre lleno de seduccion; cuando se despiertan sus oidos oyen palabras de amor, cuanto palpita su corazon, por que su corazon ama...

DAUBERVILLD. Maria!

MARIA. Miradme, y compadecedme... no me desprecieis..

DAUBERVILLE. Ah! no; solo me inspirais intéres.. pero... qué puedo hacer por vos?

MARIA. (*Mirándole fijamente.*) Nada.. espero de vos.. y menos de él... no me hago ilusiones.. estoy convencida que lo há querido así.. Se abria escrito esta esquela sin su consentimiento? Imposible!.. no estoy loca todavia; (*sonriéndose.*) ya se lo que la espera á una muger engañada y perdida... prescíndido del desprecio con que se la humilla, y la indiferencia con que se arrogan al olvido los juramentos con que la engañaron... (*con dignidad*) pero debajo del pie que me aprieta levantaré la cabeza, y hablaré señor de Dauberville.. hablaré..

DAUBERVILLE. Maria!

MARIA. Hablare; señor... cuando se olvida todo, sin pudor, y sin piedad, vos me pedis que calle. Es demasiado: lo diré todo.. No podré preguntar siquiera el motivo qne hay para que se ennegrezca mi existencia, se mate mi porvenir, y se deshonre mi nombre. Se me condenará por ventura á la vergüenza pública, sin que yo apele de esa sentencia horrible? No, señor, no: este derecho me pertenece... Habeis dicho que es una falta? Yo os digo que es un crimen.

DAUBERVILLE. Volved en vos, Maria... si supierais.. ya se ha ablado demasiado..

MARIA. Que decis? Se sabe...

DAUBERVILLE. Todo!

MARIA. Gran Dios! Todavia me queda un apoyo.. que hasta este momento no me hubiera atrevido á invocar.. el mundo! el mundo nos juzgará.

DAUBERVILLE. Maria..

MARIA. No, señor, el mundo no me abandonará: tendrá compasion de mí; me defenderá tal vez, y si me condena, no me condenará sola; dos sufriremos su sentencia, y si la desgracia es para mí, la vergüenza es para él!

ESCENA VIII.

Los mismos: GABRIELA, VALLIER.

GABRIELA. Padre mio!

DAUBERVILLE. Gabriela!

GABRIELA. *(Turbada.)* Vos aqui, padre mio? Al subir he encontrado á Mr. Vallier... Queria decir á Maria que no podemos venir á su baile, no es verdad papá? *(Dauberville la mira con serenidad.)*

MARIA. Ah! Mr. Dauberville sabe muy bien que no nos hará tanto honor... pobre niña... No vendrás al baile, no.

GABRIELA. Yo? y por qué?

MARIA. *(Llorando.)* Pregúntaselo á él.

DAUBERVILLE. *(Con voz baja á Maria.)* Señorita; delante de mi hija?

MARIA. Ah! *(Se oculta el semblante entre lágrimas.)*

DAUBERVILLE. *(En voz baja á Gabriela.)* No me habias hablado de esta visita...

GABRIELA. Con efecto, no pensaba...

DAUBERVILLE. *(Nueva mirada de Dauberville á Gabriela)* Qué significa esto? (*Alto a Gabriela*) decias que tu venida...

MARIA. Sí, tú tenias que hablarme... de qué? Ven, ven á mi lado... es necesario... los dos sufrimos mucho, mucho...

GABRIELA. Dios mio, que pálida está María. (*con temor.*) Lo que te iba á decir... es... que no he sido feliz en mis visitas. Mma. de Bersac recibe precisamente esta noche, y su hija no podrá venir!

MARIA. Ay!

GABRIELA. Tampoco he podido reducir á la madre de Estefania... me ha alegado tantas razones?

MARIA. Mas todavia... y las otras?

GABRIELA. Maria.

MARIA. No, no; Estela vendrá; me lo ha prometido.

GABRIELA. Se ha comprometido muy formalmente para otra parte...

MARIA. Tambien... Dios mio! Y Brigida y su hermana? (*Gabriela hace un gesto negativo.*) Tampoco! todo el mundo me abandona?

GABRIELA. Ah! no, Carolina vendrá; te lo aseguro... ire yo misma á verla... Oh! no hay necesidad; hoy come con nosotros...

MARIA. Sí, en tú casa hay fiesta!

GABRIELA. No para mí.. para mi primo.

DAUBERVILLE. Gabriela...

MARIA. Que me dices.

GABRIELA. Que acaba de ser nombrado secretario de embajada.

MARIA. (*Dando un grito.*) Ah!

GABRIELA. Dios mio! Que he hecho?

MARIA. *Aparte.* Todo se sabe, y me abandonará! (*Se arroja en una silla.*)

DAUBERVILLE. Pobre Maria... esta escena me hace daño... Señorita quedad con Dios... cualquiera que sea la pretension de vuestro hermano, podeis asegurarle que puede disponer de mi con toda la libertad...

GABRIELA. Llorais padre mio?

DAUBERVILLE. Vamos, vamos...

ESCENA IX.

MARIA, VALLIER.

MARIA. (*Levantando la cabeza, despues de un largo silencio.*) Y es esa su justicia.

VALLIER. (*Que hasta este momento ha guardado la misma posicion que en la escena anterior.*) Encontrareis el mundo muy cruel, no es verdad señorita? Y sin embargo vos no le conoceis todavia.

MARIA. Sí, sí, todas se apartan de mi... todos me rechazan...

VALLIER. Os quedan vuestro hermano, y un amigo, al que no llamasteis, y que sin embargo há venido á vuestro lado.

MARIA. Señor...

VALLIER. Sí, conozco lo embarazosa que esta situacion... Ah! no quereis que el llanto de vuestro corazon corra en mi presencia... Haceis mal, Maria es necesario que yo os hable (*mira al gabinete*) hay quien puede oirnos?..

MARIA. Nadie. Eduardo ha salido...

VALLIER. Y bien... Maria... Todo lo he comprendido.. rumores vergonzosos han llegado hasta mí; pero no esperaba que llegasen hasta vos... vuestra pena es horrible, es legitima.... A qué disimularla? llorad Maria, mientras estamos solos.. porqué no siempre lo podreis hacer... por que hay un hombre en cuya presencia debeis ahogar las lágrimas en lo mas ondo del corazon... Eduardo... Ah! Nada sabe todavia, que no lo sepa jamas...

MARIA. Pobre hermano mio!

VALLIER. Pensad en su desesperacion si llegára á imaginar que habian deshonrado el nombre de su hermana... Si supiera que la calnmnia mas infame se ha atrevido á decir.

MARIA. (*Llorando.*) La calumnia?..

VALLIER. (*Interrumpiéndola con viveza.*) Sí, la calumnia... es una obligacion sagrada el ocultárselo todo Maria fácilmente obtendremos de Eduardo, que rompa todas sus relaciones con Alfredo... Una sola cosa podrá oponerse á ella... pero esa cosa, Maria, desaparecerá tambien... decidme, no tiene vuestro hermano una obligacion sagrada con Alfredo? un prestamo...

MARIA. Sí... cinco mil francos..

VALLIER. Es necesario que pague al momento....

MARIA. Imposible.

VALLIER. Tomad (*le da una cartera con billetes.*)

MARIA. Señor.

VALLIER. Tomad, tomad, y no os acordeis jamas de quien os la da... sino para compadecerle... Que hermosa es!

MARIA. Mi hermano (*se habré la puerta del gabinete aparece Eduardo.*)

VALLIER. Gran Dios! *momento de silencio.*

ESCENA X.

MARIA, VELLIER, EDUARDO, REMOND; *(este atraviesa la escena y se coloca al lado de Vallier.)*

REMOND. Gracias, caballero, gracias (*le da la mano*) á Infames!

VALLIER. (*Aparte.*) Estaba allí! (*señalando al gabinete.*)

REMOND. Maria.. dame ese aderezo (*mirándola con ternura.*) Se han atrevido á calumniarla.!

MARIA. Por piedad..

REMOND. Dame ese collar... esa sortija... (*á Vallier.*) Todavia tenemos recursos propios (*á Maria.*) Tú tienes un...

MARIA. El de mi madre!

REMOND. Dámele.

MARIA. Es de mi madre!

REMOND. Pronto, pronto.

MARIA. Eduardo... es la única cosa suya que tenemos!

REMOND. Oh! Cien veces la hubiera dado nuestra madre por igual motivo.

MARIA. (*Con el mayor embarazo.*) No se donde está..

REMOND. Allí; allí, está... tú tienes la llave.

MARIA. La llave..

REMOND. Pronto, la quiero lo mando.

MARIA. Sí.

REMOND. (*Quitándola la llave.*) Oh! que tardanza (*abrela.*)

MARIA. Dios mio!.. piedad, piedad...

REMOND. Con esto, señor, estoy contento... aqui hay diamantes... los de mi madre. (*Registra.*) Qué cartas son estas? su firma. (*Lee rápidamente.*) Maria! (*Maria cae arrodillada á sus pies: Remond piensa en Alfredo, y esclama.*) Ah!

VALLIER. (*Adivinando su intencion y apretándole la mano.*) Yo seré vuestro padrino.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Salon con puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, TERESA.

MARIA. Nó ha venido aun el médico?

TERESA. Ni vendrá, señorita. Ayer le dijo el amo que que eran inútiles sus visitas, pues ya se siente muy mejorado.

MARIA. Qué ha hecho hoy mi hermano?

TERESA. Esta mañana estuvo arreglando sus papeles, y despues se encerró en su cuarto como ayer y antes de ayer.

MARIA. Tres dias sin haber obtenido una palabra de sus labios! (*Llaman á la puerta esterior: Teresa se dirige á abrirla.*) Cuando despues de haber vuelto en sí me precipité en sus brazos, ni una mirada siquiera. (*Permanece pensativa y triste un momento.*)

ESCENA II.

MARIA, GABRIELA.

GABRIELA. (*Con timidez desde la puerta.*) Maria!

MARIA. Ah! eres tú... Es posible.

GABRIELA. Sí, yo soy; que vengo á verte, sola y en secreto.

MARIA. Sin saberlo tu padre?

GABRIELA. Pero cierta de que no desaprobará mi conducta si consigo mi deseo. Cuánto he padecido, María! Lo que pasó hace tres dias; la negativa de mi padre para traerme á tu tertulia; su disgusto al verme en tu casa; tu afliccion, y nuestro repentino rompimiento.. todas estas circunstancias reunidas me inspiraron ciertas ideas, ciertos temores, que ni me atreví en un principio á confiármelos á mí misma. Despues hablé con mi padre, y llegué hasta preguntarle si habia alguna cosa que se te pudiera reprochar. Ah! perdona; se que he hecho mal en dudar de tí, no es cierto? pero era tal mi inquietud!.. Su respuesta fue como yo la esperaba; tomando tu defensa con calor, como si temiese que yo conservase alguna duda que pudiera ofenderte. Cuán lejos estaba yo de eso! Sin embargo, esperimentaba tal placer en escucharle! Interpreta algunas veces la sociedad nuestras acciones tan malignamente, y son tan severos sus juicios tocante á nosotras!

MARIA. Es cierto: y crees que sea lo mismo respecto á los hombres?

GABRIELA. En cuanto á ellos es muy diferente. Los hombres de nada tienen que dar cuenta, ni disculparse.

MARIA. Y el castigo recae sobre la muger!

GABRIELA. Las leyes impuestas por la sociedad, que á nosotras nos vituperan, á ellos les absuelven. Ya se ve, son los hombres los que las han dictado. Me perdonarás el haber buscado hasta en la calumnia la causa del rompimiento, que tan profundamente me ha afligido?

MARIA. Sí, sí...

GABRIELA. Tú me perdonas!... Escucha: mi padre me dijo que tú y tu hermano estabais incomodados con nosotros: me habló tambien de una esplicacion algo acalorada que tuvo efecto: y no teme confesar que la falta está tal vez de su parte: sin embargo, añadió que no debiamos volver á vernos... Pero me dijo esto con un aire tan melancólico, y le hallé tan inquieto al dia siguiente al de nuestra desavenencia, que creyendo adivinar su deseo he

venido. A su edad es tan repugnante dar los primeros pasos para una reconciliacion! Pero no debemos ser tan severos. Yo lo hago por él: nada me cuesta. Amamos mucho ambos á nuestra Maria para romper por pequeñeces una amistad tan íntima y verdadera.

MARIA. Gabriela!

GABRIELA. En vano lo hubieran pretendido: yo hubiese venido á verte á hurtadillas. Separarme de tí!... jamas!... Sin embargo, la enemistad, aunque aparente, me seria muy sensible: pero ahora, una sola palabra que le diré á mi padre va á conciliarlo todo. Las faltas deben darse al olvido. Obtendré de tu hermano lo mismo que de tí?

MARIA. Mi hermano! Ah, no: en nombre del cielo no hables á mi hermano.

GABRIELA. Tan enfadado está?

MARIA. No le veas, Gabriela; nada conseguirás, y yo te lo suplico.

GABRIELA. Cuando yo misma vengo á pedir...

MARIA. Es que tú no sabes... Es imposible...

GABRIELA. Oh! cómo yo le vea...

MARIA. Verle... No: jamas: tú no puedes verle.

GABRIELA. Por qué? Hay aquí algun misterio que yo ignore?

MARIA. Gabriela, eres mi verdadera amiga, no es cierto? Pues bien, lo que yo te digo debe satisfacerte. No exijas una cosa imposible, y esa lo és.

GABRIELA. Dios mio! Me haces temblar. Hay un secreto terrible que nos separa, y se me oculta... temes que yo vea á tu hermano... El podria decirme...

ESCENA III.

Dichas. REMOND, *con el brazo derecho metido en un pañuelo negro.*

GABRIELA. Ah! Herido...

REMOMD. La señorita Dauberville!

GABRIELA. (*Despues de un momento de silencio.*) Caballero... yo venia...

REMOND. (*Con gravedad.*) Vuestra presencia aqui me ha sorprendido: os lo confieso, y solo puedo atribuirla á un resto de amistad; asi aunque os agradezco el paso que habeis dado, y que me prueba el interes que por nosotros os tomais, debo deciros que todas relaciones estan rotas entre vuestro padre... (*Con sentimiento.*) entre vuestra familia y la mia.

GABRIELA. (*Asimismo, mirando á Remond y á su hermana.* Herido! Y hay un nombre que aqui no se atreven á pronunciar! (*A Remond.*) Caballero, despues de lo que acabais de decirme, aunque debe lisonjearme en parte, se lo que debo hacer y me retiro. (*Mirando á Maria.*) Pobre Maria! Una amiga mas, obligada á abandonarla, y la última! (*Saludando á Remond.*) Caballero... (*En el momento de alejarse dirige una mirada á Maria: vuelve, la estrecha la mano y sale.*

ESCENA IV.

REMOND, MARIA, TERESA.

Remond despues de un instante de silencio, va á llamar sin volver la vista hácia su hermana.

MARIA. (*Con timidez.*) Te se ofrece alguna cosa? Quieres que yo vaya?

REMOND. (*A Teresa que entra.*) Haced que suba un mozo y que entre en mi cuarto.

ESCENA V.

REMOND, MARIA.

Remond se sienta : apoya la cabeza en las manos en la cabeza y permanece absorto en sus reflexiones.

MARIA. Oh ! Habladme, decidme algo, Eduardo. No me concedais vuestro perdon, si soy indigna de él, confundirme con vuestras reconvenciones, pero habladme al menos.

REMOND. Y para qué! Las palabras que pueden salir de mi boca, han de ser harto amargas para vos.

MARIA. Pero os oiré al menos. Ah! vos no sabeis cuanto se sufre al ver una persona que nos ha amado, fria, helada en nuestra presencia, como si todos los sentimientos de su corazon, hasta el odio y la cólera, se hubiesen estinguido para nosotros. Tal vez os mostrareis asi solamente conmigo. Esta noche he creido escuchar el ruido de vuestros pasos... oiros llorar... y yo estaba alli, junto a la puerta de vuestro cuarto, llorando tambien... en silencio, temerosa de que me echaseis si llegabais á oirme. Eduardo, esta amiga que acaba de salir, me abandona para siempre. Solo á vos tengo en el mundo.

REMOND. Solo á mí ! (*Ocultando el rostro entre las manos.*)

MARIA. Lo que os he dicho os conmueve. Ah ! vuestra alma siempre es la misma, noble y generosa.

REMOND. Oh ! Qué se haya perdido asi ! Oidme, Maria: tambien yo deseo hablaros : necesito recordaros y recordarme á mí mismo lo que ha pasado entre nosotros, para saber si os he tratado con demasiada severidad ó si no he llenado mis deberes : entonces tendreis derecho á reclamar de mí mas indulgencia. Cuando murió mi padre, y os dejó en la infancia confiada á mis cuidados, no traté de reemplazar con mi ternura el cariño y el afecto que

acababais de perder? No os he amado siempre como él os amaba? Decid.

MARIA. Sí, oh, sí.

REMOND. Despues, cuando el trabajo vino en mi ayuda, y cuando redoblándole me fue posible dulcificar vuestra suerte y vuestra posicion, he perdido un solo momento en hacerlo? Teneis de mi alguna queja?

MARIA. Ninguna.

REMOND. Vi á una joven y la amé, porque era digna en un todo de mi cariño. Hoy la pierdo para siempre, nuestra union se ha hecho imposible. Y bien, aun en medio de mis esperanzas, cuando yo soñaba un porvenir de felicidad y de ventura, os olvidé un solo instante? os separé de este porvenir? No me consideraba dichoso en crearos una familia?

MARIA. Es verdad.

REMOND. Solamente por vos anhelaba yo en el cumplimiento de mis votos... y cuando todo lo he visto destruido, cuando el momento ha sido llegado de daros mi sangre, decid, no os la he dado?

MARIA. (*Sollozando y cayendo á los pies de su hermano.*) Ah!

REMOND. No me acuseis por haber abandonado pronto vuestra defensa. Si solté la espada, sabedlo de una vez, fue porque quedé imposibilitado de sostenerla jamas. Ya lo veis... He cumplido mi deber hasta el último estremo. Nada mas podeis exijir de mí.

MARIA. Nada, es cierto. Demasiada es vuestra indulgencia para conmigo; solo me hablais de lo que habeis hecho por mí, cuando podriais añadir: "y en cambio de tantos sacrificios, habeis desvanecido mis alhagüeñas esperanzas; habeis destruido mi porvenir: yo he ocupado aqui el lugar de vuestro padre, y en su nombre os maldigo." Con cuanta razon podriais decirlo... y sin embargo no lo haceis. O! tan generosa conducta, es por cierto digna de vos.

REMOND. Ahora, nada puedo hacer ya.

MARIA. Me atreveria á pediros otra gracia, ademas de la de no escuchar de vuestra boca reconvenciones que con tanta razon podriais hacerme? Yo bendigo vuestra escesiva bondad, que me ha evitado lo que

para mí hubiera sido muy doloroso: pero penetro todo lo que me oculta, y adivino lo que pasa en vuestro corazon. Mi presencia os mortifica, lo conozco: es natural: yo lo evitaré... y aun asi seré dichosa sino os inspiro aborrecimiento. Viviré sola, aislada, sin salir de mi habitacion... jamas me presentaré á vuestra vista, sino cuando me envieis á llamar... cuando querais verme... y si este momento está lejano todavia... si debe tardar en llegar... y bien... le esperaré resignada.

TERESA. (*Entrando.*) Señor ahi está el hombre que habeis enviado á llamar.

(*Remond se levanta lentamente y se dirije hácia su cuarto.*)

MARIA. (*Siguiéndola con la vista.*) Ni una palabra siquiera! (*Remond se detiene cerca de la puerta: vacila un momento: se vuelve hácia su hermana y la tiene de la mano.*) Ah! Hermano mio!

(*Remond la estrecha contra el corazon, y entra precipitadamente en su cuarto.*)

ESCENA VI.

MARIA *sola.*

Me ha estrechado entre sus brazos... y corrian lágrimas por sus mejillas... Pobre Eduardo... se ha compadecido de mí... no me atreví á esperarlo... Dios mio, os doy gracias... al fin no me habeis abandonado.

ESCENA VII.

MARIA, VALLIER.

VALLIER. está en su cuarto vuestro hermano?

MARIA. Si señor, acaba de salir de aqui.

VALLIER. Os ha visto?

MARIA. Hace un instante.

VALLIER. Os ha hablado?

MARIA. Y me perdona... Ah! no... no me perdona... pero ha llorado... me ha estrechado contra su corazon, y me ama todavia.

VALLIER. Bien lo se. Aun en medio de su dolor de que he sido testigo, su ternura hácia vos era estremado. Os ama entrañablemente, no lo dudeis: pero al verle ayer tan resignado caviloso llegué á temer que hubiese concebido algun proyecto...

MARIA. Y cual?

VALLIER. Oh! nada debe temerse yá, puesto que ha consentido en veros. Vuestro hermano no sufre mucho, señorita: el aspecto de estos sitios es para él un suplicio insoportable: la permanencia en Paris debe de ser penosa para vos: yo vengo á ofreceros mi casa, no lejos de aqui, que podreis habitar solos durante algun tiempo, al cabo del cual no será dificil conseguir algun destino honroso en cualquier capital de provincia... yo me ocuparé de ello á mi vuelta.

MARIA. Tambien vos partis?

VALLIER. Voy á Strasburgo en busca de mi hija. Es forzoso decidir á vuestro hermano á que acepte lo que os propongo: lejos de lo que pueda despertar en él recuerdos dolorosos, su espíritu estará mas tranquilo, y tambien el vuestro. Adémas vos querreis sustraeros á las miradas del mundo. Yo le haré que se resuelva á partir... ayer me pareció que lo deseaba.

MARIA. Debe anhelarlo tanto como yo. Vos pensais en todo, y solo por nosotros... gracias, señor, gracias... sois el angel tutelar de nuestra familia. Eduardo... *(Entra en el cuarto de su hermano.)*

VALLIER. *(Viéndola partir.)* Infeliz, Maria! Poseia todas las cualidades que pueden hacer dichoso á un hombre... Si yo la hubiese conocido entonces... Al menos me queda mi hija para consolarme.

MARIA. *(Volviendo.)* No está Eduardo en su cuarto. Es estraño... yo creia... (*Llama á Teresa que sale.*) Ha salido mi hermano?

TERESA. Sí, Señorita: y esta esquela que ha dejado al salir, acaba de subirla el portero.

VALLIER. Ha salido!

MARIA. Me escribe... Para qué? Veamos. Algunas lineas trazadas con lapiz. *(Lee.)* «Os dejo, Maria. Marcho en este mismo instante. Teneis razon: no puedo veros sin que el corazon se me parta... conozco que esto es superior á mis fuerzas... os queda lo poco que tenemos... perdonadme... y adios para siempre.»

VALLIER. *(A si mismo.)* Pobre niña!

MARIA. (*Aterrada.*) Adios para siempre!

VALLIER. (*Con muestra de interes.*) Señorita...

MARIA. Ahora mismo, cuando me abrazada, no abrazo de perdon... era de despedida.

VALLIER. (*Sosteniéndola.*) Tened mas valor en nombre del cielo.

MARIA. (*Con voz casi estinguida*) No tengo ánimo para soportar este golpe... es superior á mis fuerzas... me falta el valor... las lágrimas... todo partió... ah!..

(Cae en un sillon.)

VALLIER. (*Despues de un momento de silencio.*) El peso de la desesperacion la agovia. Sola en el mundo... sin socorro... sin defensa... era asi como debió acabar... Maria, esta es una prueba dolorosa que el cielo os impone, mas no por eso os ha condenado.

MARIA. El abandono... nada mas que el abandono.

VALLIER. Sí: Maria, cuando todos os abandonan puedo hacerlo yo tambien? Yo, que os conozco y que sé la estimacion y respeto de que sois digna? No... mientras teniais un hermano para consolaros y defenderos, he guardado el silencio que mi posicion me imponia... pero habeis quedado sola, y necesitais un apoyo... solo yo puedo prestarosle y os le ofrezco. Sois libre, Maria, y mi nombre.

MARIA. No acabais, Señor: os comprendo, y os doy gracias... ese es el mayor consuelo en mi situacion; pero hay deberes sagrados que me estan impuestos, y que yo acepto resignada.

VALLIER Lo reusais... y entonces quien os protejerá.

ESCENA VIII.

Mma. LAMBERT, *que ha entrado al decir* VALLIER *las últimas palabras.*

LAMBERT. Yo.

MARIA. Vos, ah! el cielo es quien os envia.

LAMBERT. Es tu hermano Maria: tu hermano que ha venido á buscarme en la mayor desesperacion, y anegado en lágrimas me ha dicho. «La dejo por no tener el suficiente valor para verla... vos la amais...y ahora queda sola... sola en el mundo... Yo sufriria mucho si quedase abandonada»... Ven conmigo, hija mia; asi se lo he prometido á Eduardo.

MARIA. Eduardo! Oh! El volverá algun dia, no es cierto?

VALLIER. Maria!

MARIA. Pensad en vuestra hija, señor... Vos podriais despreciar los sarcasmos de la sociedad, la opinion del mundo... pero que vuestra hija no tenga que echaros en cara la madre que hayais dado... Yo no he merecido serlo... Adios... Jamas olvidaré lo que habeis querido hacer por mí... Partamos, madre mia, partamos.

(*Vase con Mma. Lambert.*)

VALLIER. (*Cayendo en un sillon.*) Hija del alma!!!..

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO ACTO.